

nuevo sentido al abordar el autor los antecedentes y consecuencias del comercio entre ambas orillas.

Otra variación sobre el tema es la que alude a las inversiones y ayudas europeas, enfiladas en un horizonte ideal y convergente. En la evidencia de ello, sobresalen las relaciones de la UE con Mercosur, los acuerdos de aquélla con México y Cuba, y con matices más señalados, el diálogo económico entre España e Iberoamérica. Se configura así un modelo asimétrico, heterógeneo, que sirve al autor para insistir en una premisa elemental pero nunca ociosa, y es que los procesos de integración en Iberoamérica debieran ir ligados a pronósticos de crecimiento y desarrollo de los países integrantes de cada proyecto. Dicho de otro modo, éstas son las bondades de un plan contable. De lo contrario, como bien subraya Eduardo Cuenca, esos mismos países quedarán en manos del voluntarismo propio de los líderes políticos o económicos, y en ese gesto, sometidos a los riesgos de una circunstancia mermada de criterio y proyección. No por azar precisamente.

**América hispana, 1492-1598**, José María González Ochoa, *Acento Editorial*, 2001, 140 pp.

González Ochoa, escritor, periodista y profesor de historia de América

Latina en la Universidad Juan Carlos I de Madrid, exhuma en los distintos niveles de este volumen los avatares de la Conquista. Ya desde las primeras páginas, el autor deja clara la naturaleza ibérica y renacentista del proceso, dejando a un lado la aventura del fiero Leif Eriksson en la punta oeste de Terranova. Puesto a aclarar el panorama, González Ochoa añade en su cuaderno que el descubrimiento no fue un hecho circunstancial o azaroso —como bien pudo serlo la navegación del escandinavo—, sino el remate histórico de un proceso que tan sólo pudo darse en el momento en que la conquista, la colonización y la evangelización eran posibles para España. El resto, incluida la alcurnia vikinga del primer viaje, es cosa más propia de bastidores literarios. Con razón opina el historiador que distinguir a Eriksson de Colón es como situar el hacha frente a la carta náutica. La desmesura americana, huelga insistir en ello, fue un brioso esquema del Renacimiento. Un esquema trazado en el nuevo florecer de la ciencia, la técnica y el comercio, y organizado por el cauce de una convicción y un arrojo igualmente desmesurados.

Aunque breve, la aproximación de Ochoa tiene interés y cumple su propósito informativo. Examina, entre otras cosas, el linaje cultural de los pueblos precolombinos y sus incursiones por el territorio de la historia, ya en liza con un conquistador extranjero. Más adelante, al relatar el

proceso de descubrimiento y colonización, el autor infiltra a Colón y a los sucesores de éste entre los personajes de un poderoso drama que convocó a distintas etnias y a distintas lenguas, y que dio lugar a un mundo nuevo, cristianizado y dentro del espíritu de la época. Asunto, por otra parte, que también fija un victimario, pues esta llegada a litorales ajenos por parte de los españoles significó asimismo la desestructuración demográfica, económica e ideológica de las sociedades indígenas. Por recalcar la originalidad y dramatismo de ese embate cultural que engendró la idea de América, el ensayista describe la colonización como un vértice que no es definitivo. Y así, rechazando un desenlace discreto, inspecciona esta encrucijada y la considera «un largo proceso de reintegración económica, política, social y religiosa, cuyas formas diferentes –hispanización, sincretismo, resistencia, indigenismo...– siguen siendo las líneas maestras que hoy marcan las sociedades latinoamericanas».

**Diccionario de símbolos y personajes en *Paradiso* y *Oppiano Licario* de José Lezama Lima, Maximino Cacheiro Varela (dir.), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Vigo, 2001, 235 pp.**

Como ya prelude su índice, este volumen acarrea una generosa

colección de entradas en torno al barroco lezamiano, fijando un repertorio a través del cual podemos inspeccionar las hechuras literarias del escritor, la onda fluyente de su discurso y las estrategias simbólicas que, sobre el mismo caleidoscopio, acierta a distinguir una mirada porosa. En edición de Maximino Cacheiro, este glosario tiene presencia crítica destacable gracias a la frecuente cita de los principales estudios sobre Lezama, entrecomillados con la oportunidad que sugiere una estructura como ésta, donde el orden alfabético bajo el que ella se inserta admite otro tipo de fracciones para delimitar el campo. Así, la entrega está dividida en cuatro apartados principales, que a su vez abarcan distintos pormenores alegóricos y caracterológicos. Ensayando esta congruencia, los símbolos de carácter general y su consiguiente sistema poético sirven de argumento a los dos primeros capítulos. El tercero propone una taxonomía simbólica de la fauna y la flora en las dos obras –*Paradiso* y *Oppiano Licario*– que centran el interés de los autores. Y un parecido trato merecen los escenarios geográficos en el siguiente itinerario, al que se añade, a modo de conclusión, un recuento ordenado de personajes.

A pesar de su aparente rigidez, esta noción de orden no escatima el contrabando y los regateos. El de Lezama no es un mundo determinista o

simple, ni vencido por las inercias de la historia. Además de esbozar más de un signo indescribable, dicho mundo carece de axiomas y enunciados imperativos, y un examen de rutina difícilmente podría encastrar sus líneas de derivación –su red conceptual– en un molde tan tenaz como un diccionario al uso. Quizá por todo ello, el equipo regido por Cacheiro se ha visto animado a discernir otras variedades de coherencia para calibrar su fuerza germinativa, apuntalando el detalle fulgurante, *artizado*, donde se refleja esa dimensión última del hombre que el cubano denominó *lo otro sagrado*, es decir, la posibilidad en la infinitud. Sobre ese fondo, vale decir que el libro comentado en estas líneas es una herramienta útil para el estudioso y también conveniente para todo lector que desee aproximarse a la medida íntima de Lezama.

**Los últimos esclavos de Cuba. Los niños cautivos de la goleta *Batans*,** Arturo Arnalte, *Alianza Editorial*, Madrid, 2001, 198 pp.

A veces, un libro novedoso introduce la sospecha de una carencia bibliográfica. En el caso de la monografía de Arnalte, el tema de la esclavitud en Cuba logra oponerse a

un designio que lo ha ocultado silenciosamente, como un asunto comprometedor que es preferible no mencionar. Tan leve asistencia a un repertorio tan sensible es explicada por el autor en términos muy claros. Si bien fue abolido en 1820, el tráfico esclavista hacia puertos cubanos fue un pecado favorable a la organización del mercado azucarero, y esa es la razón de que la penitencia –legal, social y aun eclesiástica– fuera tan liviana. Sin hostilidad manifiesta, la institución de la esclavitud se prolongó en Cuba hasta 1886. Lo tardío de la fecha decide que tan desdichada actividad fuese abolida casi en último lugar por el mismo país que la inauguró (sólo Brasil lo hizo más tarde: retrasó la abolición hasta 1888). Sin embargo, pese a las dimensiones del fenómeno, en los archivos españoles no contamos con gran número de testimonios. Tanto escasean las líneas que los estudiosos han consagrado al recuerdo de esa diáspora, que el volumen de Arnalte supone una novedad, aún más grata por lo competente de su pesquisa.

En el texto se combinan la nota concluyente, bien documentada, y el relato, por lo común generoso en emociones, consecuencias imprevistas y sabor de época. En estas condiciones, no extraña que los rasgos particularmente salientes guarden correspondencia con el proceso que interesa al historiador, cuya anécdota principal bien pudiera ser el bosque-

jo preliminar de una novela. Reconstruyendo la historia a la medida de un buen melodrama, lo que narra es el desembarco del bergantín-goleta *Batans*, que en 1854 introdujo en Cuba alrededor de setecientos esclavos africanos, en su mayor parte niños. Atento al sumario judicial que custodia el Archivo Histórico Nacional de Madrid, Arnalte detalla las posibilidades legales promovidas por el capitán general Pezuela, enemigo declarado de la trata clandestina, y narra con agilidad periodística los esfuerzos de un juez admirable, Joaquín Ibáñez de Sarabia.

Quien fuera Alcalde Mayor Segundo de Camagüey –llamado entonces Puerto Príncipe–, el citado Ibáñez de Sarabia, alentó la búsqueda y encarcelamiento de los negreros del *Batans* durante el otoño de 1854. A la infamia del esclavismo, cabe oponer la identidad de este bienhechor, y de ese modo encontrar en él un ejemplo atípico de tenacidad frente a la oligarquía cubana del XIX. Arnalte no lo ignora y registra su labor con minucioso detalle.

**La conquista intelectual del Perú. El Colegio Jesuita de San Pablo, 1568-1767**, Luis Martín, Editorial Casiopea, Barcelona, 2001, 223 pp.

La trayectoria docente e intelectual del profesor sevillano Luis

Martín adquirió un sesgo americano desde sus comienzos. En 1966 se doctoró en historia en la Universidad de Columbia de Nueva York, bajo la guía del hispanista Lewis Hanke, y luego ocupó durante veinticinco años la cátedra de historia del imperio español en la Universidad SMU de Dallas, donde redactó buena parte de su obra. El rasgo más transparente de esta última es una gran curiosidad por el Perú precolombino y virreinal, moldeada en títulos como *Las hijas de los conquistadores*, *Scholars and Schools in Colonial Peru* y *The Kingdom of Sun*. También consigna esta propensión *The Intellectual Conquest of Peru*, un volumen que ya editó Fordham University Press en 1968, y que ahora nos llega en una excelente versión española.

En pleno empuje de la Colonia y con el ideario renacentista al fondo, no resulta difícil imaginar el proyecto descrito por Martín: un colegio jesuita –el de San Pablo de Lima– que perduró hasta la expulsión de la orden en 1767. Venero de las demás instituciones jesuitas de la América hispana, fue éste el centro administrativo de la orden y un núcleo preferente e iniciatorio para la colonización intelectual del virreinato. No en vano, su escuela de humanidades formó a los jóvenes más destacados de la sociedad limeña, quienes, por cierto, pudieron acceder a la mejor biblioteca del continente y a un